

## La maldad

No está claro que la maldad tenga que ver con la locura. Y de existir un vínculo, sus relaciones son oscuras y controvertidas. Sí resulta evidente, en cambio, el papel que el mal y el crimen desempeñaron en la historia de psiquiatría y de la psicopatología. De hecho, algunos historiadores de la clínica atribuyen a la colaboración de los alienistas con la Justicia, en concreto a la determinación del grado de locura de los criminales y monstruos morales, el pilar fundamental sobre el que se asentaría la autonomía de la psiquiatría en la plaza de las ciencias y del psiquiatra como experto forense y buen conocedor de las alteraciones psíquicas. A medida que avanzaba el siglo XIX, las palabras de Pinel, en esto más cercanas a los filósofos morales que a los cantos de sirena de la ciencia del alma, se perdían como un lejano murmullo: «Qué decir de una clasificación (...) –escribió en el *Diccionario de las ciencias médicas*– en la que el robo, la bajeza, la maldad, el disgusto, el temor, el orgullo, la vanidad, etc., se incluyen en el conjunto de las afecciones morbosas. Son verdaderamente enfermedades del espíritu, muy a menudo enfermedades incurables, pero su verdadero lugar debe encontrarse más bien en las *Máximas* de La Rochefoucauld, o en los *Caracteres* de La Bruyere, y no en una obra de patología». En adelante, salvo contadas excepciones como aquí se defiende, la frontera que separa el campo de la patología del territorio ético y moral acabaría desapareciendo, sobre todo entre los especialistas *psi*.

En tanto inclinación a menudo reprobable o manifestación supuestamente contraria a la naturaleza humana, la ciencia psicológica ha vinculado la maldad al error, la anormalidad y la enfermedad. Al mismo tiempo que se engrandecía la ideología de las enfermedades mentales, las relaciones entre la locura y la maldad comenzaron a concebirse como causa y consecuencia. No podría ser que alguien que mata despiadadamente o que delinque sin el menor miramiento esté en su sano juicio. Algún poder oculto, ya no demoniaco sino enfermizo, obrará en él a modo de «impulso irresistible». Con este tipo de explicaciones, presentes en la antigua

teoría esquiroliana de las monomanías o en la del criminal nato de Lombroso, se reforzaba la oposición entre lo normal y lo patológico, de manera que los malos eran los otros y el cerebro o la herencia constituían los principales causantes de la anormalidad. La asociación de la locura con la maldad y la peligrosidad fue una constante en el periodo clásico de la psicopatología. Las palabras de Trélat (*La locura lúcida*, 1861) expresan sin remilgos esta asimilación: «Es en ese ámbito [de la vida íntima] donde son más dañinos, más peligrosos, por lo que las personas que sufren su presencia no encuentran, durante mucho tiempo, ninguna simpatía, ningún punto de apoyo fuera».

Este planteamiento domina el panorama psicopatológico actual, salvo que ahora se habla de trastorno del control de impulsos, psicopatía, sociopatía, esquizofrenia, etc. Conforme a esta perspectiva y a ojo de buen cubero, se atribuye la maldad a la hiperreactividad del sistema de recompensa de la dopamina, a supuestas disfunciones de la amígdala o a cierto componente hereditario. Desde posiciones muy alejadas a esta corriente hegemónica, algunos psicoanalistas coinciden con ella cuando creen barruntar algún tipo de psicosis latente, no desencadenada u ordinaria en ciertos criminales y delincuentes, cuyos actos desalmados se intentan explicar mediante una escondida trama delirante. Sin embargo, recurrir al delirio para explicar el paso el acto no es más que una perspectiva parcial, pues hay delirios que conducen al crimen y otros que, por el contrario, lo frenan.

La presencia de la maldad en la condición humana parece fuera de toda duda. Si no fuera así, la civilización y las leyes carecerían de importancia, y el empuje a la transgresión carecería de vigor. A veces da la impresión de que la historia no es más que una crónica de humillaciones, crímenes y guerras, una prevalencia del egoísmo, de la cosificación del otro y la búsqueda de satisfacción sin calcular las consecuencias. Esa sórdida e impertérrita sombra se arraiga en los mitos fundacionales de nuestra cultura, como en la sangrienta *Teogonía* de Hesíodo. Pero se realza también en manifestaciones de apariencia banal, como las estudiadas por Hanna Arendt a propósito del abnegado criminal nazi Adolf Eichmann.

Oscurecida durante siglos por la referencia a lo demoníaco, la idea de la maldad esencial del hombre fue desarrollada por Freud en

*El malestar en la cultura* (1930) con los argumentos más enérgicos y mejor trabados. Proveniente de un odio primordial, la tendencia del hombre a la maldad, a la agresión, la crueldad y la destrucción, incide tanto en el funcionamiento personal como social y ocasiona múltiples desastres. A ojos de Freud, la bondad, la mansedumbre y la amabilidad atribuidas al hombre son pura engañifa. Al menos una parte importante de la agresividad, atribuida a la «dotación pulsional», se manifiesta en la relación con los semejantes: «(...) el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo de su patrimonio, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo. “*Homo homini lupus*”: ¿quién, en vista de las experiencias de la vida y de la historia, osaría poner en entredicho tal apotegma?».

En lo tocante a este asunto, Freud no era precisamente optimista. Menos aún si se tiene en cuenta que, para él, la disminución del componente pulsional promovida por la civilización acrecienta la infelicidad; es decir: el precio del progreso se paga con un déficit de felicidad. De conformidad con este planteamiento, como más tarde enfatizaría Lacan, da la impresión de que los más infelices son los buenos ciudadanos, dando con ello la razón a Sade cuando subtitula las obras dedicadas a las hermanas Juliette y Justine *Las prosperidades del vicio* y *Los infortunios de la virtud*.

Pero la maldad no se agota sólo en el mal, es decir, la inclinación malévola no culmina siempre en una realización dañina y vil. Diecisiete siglos antes de Freud, Plotino (*Enéada*, II) ya había señalado –de forma un tanto sorprendente y siguiendo al parecer una observación de Platón en *República*– algunas bondades de la maldad: «Es una hecho que la maldad misma comporta ventajas y es productiva de numerosas cosas, por ejemplo de toda la belleza artística (...)». Con claros antecedentes en Goethe, Schopenhauer y Nietzsche, la noción freudiana de ‘sublimación’ –a la que atribuye «la fuerza motriz de un buen número de nuestros logros culturales»– acentúa la pregunta sobre las relaciones de la maldad y la creación artística, esa fuerza demoniaca que Stefan Zweig atisbó en el fondo de las obras de Hölderlin, Kleist y Nietzsche.

La maldad no puede circunscribirse a la enfermedad o a la locura ni menos aún limitarse al daño. Tampoco la psicopatología es el único punto de vista para analizarla. Artistas y creadores tienen mucho que decir al respecto; y otro tanto cabe esperar de filósofos morales y juristas.

De la presencia del mal en la condición humana, de sus relaciones con la locura, de la convergencia y divergencia de la ética y la psicopatología, y de las ramificaciones de la maldad en la creación artística y cultural trataremos en las XI Jornadas de la Otra psiquiatría. Con el sencillo estilo habitual y el respeto por las opiniones ajenas, hacemos nuestras las palabras de Marco Tulio Cicerón (*Disputaciones tusculanas*): «Nosotros, los que adoptamos como guía lo probable y que no podemos ir más allá de donde aparece lo verosímil, estamos preparados para refutar sin obstinación y para ser refutados sin ira».